



# Tierra de alacalufes

Silvestre Fugellie

En 1953 —ya han transcurrido veintiocho años— Osvaldo Wegmann editó su primer libro de cuentos y le dio por título "Tierra de alacalufes". Hoy día, después de una ardua y sostenida labor literaria, en donde otros volúmenes de cuentos, novelas y un compendio historiográfico han salido de su pluma, reaparece el primogénito en una segunda edición. Ha descontado del primer tomo los cuentos "La venganza del chilote" "Palenque no era malo" y el "Cementerio de milodones" que, según tenemos entendido, reserva para otras ediciones, y a éste agrega "Regreso de Puerto Edén".

Estas narraciones de Wegmann, en aquellos tiempos cuando aparecía la primicia de su futura producción, fueron bien recibidas por figuras sobresalientes de las letras nacionales de la talla de Mario Osses, Rubén Azócar, Mariano Latorre, Ricardo A. Latcham, Marta Brunet y Nicomedes Guzmán.

Nosotros hemos leído esta nueva edición de "Tierra de alacalufes" y ya sólo los títulos "El atavismo", "El lobo maldito", "Prisión de hielo" "El hermano indio" y otros de corte similar, nos envuelven en una narrativa atrayente, en aventuras y singladuras que, dejando pasar la dosis imaginativa, patrimonio de todo creador, respetan sin embargo una realidad vivida y también conocida muy de cerca por el autor.

Nos detendremos a propósito en uno de ellos por la simple razón de nuestra susceptibilidad. Tal vez no se trate del mejor. El único juez para estos casos es el lector. Pero queremos hablar de él porque en todas sus fases tiene sabor a nuestra tierra y a su lejanía, y la médula de nuestros hombres en toda su extensión. Y es "Amor a la vida", el último cuento de esta selección, que conlleva un amplio y profundo sentido humano. El relato transcurre en Bama. "Bama tiene aspecto de isla tropical", nos dice el autor y describe el lugar geográfico ornándolo con la belleza descriptiva apropiada a los paisajes de estas latitudes.

Su protagonista, Juan Martínez, desaparece de los centros habituales para aislarse completamente en una soledad abismante. Deja amigos, mujeres y todo el cabalgar inherente a la vida mundana para sumirse en la labor del campo que es heredad y, además, por un dejo de sensibilidad obligatoria y grandiosa. Es un joven de apenas veinticinco años.

Reiteradamente regresa a la ciudad y participa con amigos en grandes bacanales; pero la rosa de los vientos le devuelve al terruño, que no es un árido peñasco ni una pampa interminable, sino un pequeño paraíso de hermo-

sura donde sólo falta el calor solar. Le acompañan en sus tareas tres ovejeros experimentados y un indio alacalufe.

Sin embargo en Juan Martínez existe un secreto profundo que absorbe sus condiciones de hombre llano y aquí viene lo hermoso del cuento, resaltado en lo humano de la narrativa que adquiere aspectos de tipo universal.

Tiene un hijo, producto de un enlace con una india alacalufe, y vive con él; lo llama Juanito. Durante años tuvo que ocultarlo de su padre, de sus amigos y parientes por la consabida negación de los prejuicios. El lo califica como una locura de su juventud.

Su hogar en el campo es un compendio de comodidades y de artes que ha practicado desde sus mocedades. Es pintor y músico y no le falta una buena biblioteca, ni las provisiones ni los aperos contingentes.

Siendo joven, pero con la sapiencia de un hombre viejo, llevó a la india a su predio para cuidar del retoño, mas ésta no se acostumbró a la vida sedentaria y regresó a sus andanzas aborígenes, tan inolvidables para ella como sus propios ancestros. El niño, sin perder sus rasgos atávicos, es hermoso y educado. Lleva el mismo nombre y apellido del padre. Ya no lo oculta y además no quiere que pierda su dialecto primitivo. Así lo hace instruir por el alacalufe que le acompaña, con miras a hacerlo un líder para dignificar a todos los de su raza.

Por entonces suele llegar a Bama un viejo amigo, y en una caquería programada, Martínez sufre un accidente fatal, que le cuesta la vida. Antes de morir pide al amigo que entere a su hijo de lo ocurrido pues éste, a pesar de sus cortos años, sabrá comprender con estoicismo de adulto. El niño, según le dice, es un valiente y tomará la desgracia como corresponde; pero asimismo le solicita que se haga cargo de él, que le cuide y para ello testa noblemente a favor de su querido hijito alacalufe. Y alrededor de esta trama se tejen las acciones, siempre latentes, como si salieran de una aventura de Salgari.

La segunda edición de "Tierra de alacalufes", mejorada, deja establecida una parte de la trilogía literaria programada por Osvaldo Wegmann, a quien se reconoce, con justa razón, como uno de los escritores más representativos de nuestro austro, tan alejado de la caldera donde bullen los hombres que hablan de nuestra tierra, pero que no viven en ella o que sólo la sienten de paso. Su labor es auténtica y la realiza en las regiones donde se miran, como ante un espejo, los hombres de un pasado pleno de sacrificios, pero también plétórico de esperanzas.

# Tierra de Alacalufes [artículo] Silvestre Fugellie.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Fugellie, Silvestre, 1923-

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Tierra de Alacalufes [artículo] Silvestre Fugellie.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile